

CARLOS FORTIN GAJARDO

EL CHISTE Y SU DRAMATISMO

PESE A QUE el chiste desempeña un rol de primera magnitud en la existencia humana, muy pocos filósofos, médicos y psicólogos han explorado en su estrato complejo, feliz resumen de la ironía, el ingenio y la sátira. Freud fue un investigador genial del alma, de modo que no causa extrañeza su interés por desentrañar la relación del chiste con lo inconsciente.

Junto al neurólogo y psiquiatra austriaco, Bergson, Kuno Fischer y otros se asomaron subjetivamente a este campo par averiguar el secreto que guarda aquella expresión del alma y el por qué de su eterna actualidad, pese a las mutaciones humanas, a la deshumanización de los hombres y al utilitarismo que ha implantado el progreso.

Sin embargo, existe un aspecto que nos parece fundamental, hasta ahora no tocado: el chiste es siempre una eclosión dramática, una permanente afloración de la maldad.

Ningún investigador se ha detenido a profundizar tal frente psicológico. Para Fischer, "el chiste es un juicio desinteresado; un simple juego de ideas. Es intuitivo. Sus ingredientes son el desconcierto y el esclarecimiento".

Para Teodoro Lipps, el chiste dice lo que ha de decir, no siempre en pocas palabras, pero sí en menos de las necesarias.

He aquí un ejemplo típico de chiste intencionado, inmediato e intuitivo, citado por Freud: "Dice un individuo de escasos medios económicos: Rothschild me trató como a su igual, *muy familionariamente*". Tal chiste entraña una innegable amargura, aun cuando produzca risa. La amargura de un desdichado de limitados recursos que se encuentra, de buenas a primeras, cambiando saludos con un plutócrata. Este, no pudo tratarlo familiarmente, sino familionar-

mente, esto es, como millonario. He aquí el juego de palabras y la amarga intención.

Podrá argumentarse que no todos los chistes tienen un fondo de crítica, de sátira o de impiedad; que los hay desintencionados y que exaltan, incluso, virtudes y deberes. Pero tal tipo de ocurrencias ingeniosas no encuentran por lo general, ni audiencia ni resonancia. El juicio general los juzga forzados y, a veces, desleídos, debido al esfuerzo dialéctico que debe realizarse para provocar la risa o por lo menos, la sonrisa de aprobación.

Pongamos otros ejemplos. “¿Cómo anda usted?”, pregunta el ciego al paralítico. “Como usted ve”, responde el paralítico al ciego”.

Se trata de un ingenioso juego de palabras que, inclusive, busca la forma de encauzar una desdicha en la normalidad de la vida, pero que a la simple reflexión produce un impacto poco humano.

He aquí otro, citado por Freud, refiriéndose a una joven cuya seriedad se pone en tela de juicio: “Esa muchacha me recuerda a Dreyfus: el Ejército no cree en su inocencia”.

Si analizamos los ingredientes psíquicos buceando en el fondo del chiste su intención, su intuición y la evasión anímica que ellos parecen representar, nos encontraremos con un contenido dramático y no cómico.

Pregunta un sujeto a otro: ¿Por qué razón Fulano cobra ahora por su apoyo electoral al candidato triunfante si le prometió una colaboración desinteresada? —Sencillamente —responde el otro—, por que la serpiente “cobra”.

He aquí el típico juego de palabras en que se sustenta un gran porcentaje de los chistes y cuya inclemente realidad es indiscutible.

La “serpiente cobra” relaciona automáticamente al reptil humano que reclama el pago electoral, con la culebra venenosa del género naja.

Cogemos, al azar, otro de los ejemplos citados por Freud en su acucioso estudio. “Dos judíos se encuentran cerca de un establecimiento de baños. ¿Ha tomado usted un baño?, pregunta uno de ellos. —Cómo, responde el otro, ¿es que falta alguno?”

Nadie osará negar la eficacia y acaso lo inofensivo del juego de palabras, pero asoma en él una aviesa intención al poner en tela de juicio la honorabilidad de ciertos componentes de determinada raza.

A esta altura se podrá objetar que, partiendo de bases tan rígidas y escépticas, y aun pesimistas, todo lo que hacemos, pensamos e incluso, aquello que no alcanzamos a realizar, encierra un fondo de amargura o de preconcebida maldad. Pero lo cierto es que el chiste, como escape de un estado de alma, consciente o no, encierra una

instantánea o reposada elaboración, profundamente amarga. Produce hilaridad como contraste, por lo imprevisible, por lo exabrupto, mediante el desconcierto. Sin embargo, su contenido dramático, su sentido hondamente patético, quedan al descubierto cuando el fanal deja de encandilarnos el entendimiento, ya pasado el impacto sobre nuestra consciencia desprevenida.

Este nuevo paradigma es elocuente: "La escena se desarrolla en un tribunal de justicia. El magistrado increpa al litigante con estas palabras: "¡Usted afirmó que no vivía con su esposa y ha mentado. Hay constancia de que no se han separado en los treinta años de matrimonio! Y el hombre, con gesto de amargura, responde: ¿Y eso cree usted que es vivir?"



Arturo Schopenhauer, el arquetipo de la filosofía pesimista, afianza la teoría del dramatismo en el chiste cuando nos dice: "Así como la necesidad es el constante flagelo del pueblo humilde, el aburrimiento lo es de las clases altas. En la vida de la clase media, el hastío se halla representado por los domingos y la necesidad por los días de la semana". Toda una amarga verdad que, a la vez, resulta humorística.

Tal vez el hombre, comprendiendo su medida de infortunio, busque en este mecanismo de la comicidad la ambivalencia de lo humorístico y lo dramático.

Erasmo de Rotterdam lo dijo: "No hay animal más desgraciado que el hombre, pues todos los demás se conforman con su suerte y él, en cambio, se empeña en pasar los límites que a sus facultades le impuso la naturaleza".

Es indudable que, a veces, la salida cómica constituye una necesidad soberana, un contrasentido o un sin sentido que busca afanosamente su clasificación entre los dislates. Sin embargo, casi siempre simboliza la sátira despiadada, el film de la realidad, la caricatura del drama humano.

Se trata, por vía de ejemplo, de un individuo altamente colocado, el cual, pese a su estolidez y a los cambios de regímenes de Gobierno, continúa desempeñando con afectada dignidad un opíparo cargo público.

"He aquí un hombre paradójico, dice alguien; no tiene sesos, pero se sostiene". El juego de la palabra sesos con los sesos que no tiene el funcionario aludido y el hecho de sostenerse en su puesto

contra viento y marea, son condimentos de acción rápida que mueven una verdad hacia el campo de lo divertido.

Es indudable que el chiste va dirigido por fuerzas desconocidas con la misión de producir una descarga de energía psíquica, contenida o reprimida generalmente por acontecimientos ingratos que abundan en la vida cotidiana. Pero señalaremos un arquetipo de dramaticidad:

—¿Qué será un antropófago que se ha comido a su padre?

—Huérfano.

—¿Y si además se merienda a todos sus parientes?

—Herederero universal.

Y éste otro:

—¿Qué día es hoy?, pregunta el condenado a muerte al gendarme que lo conduce al patíbulo.

—Lunes, responde el guardia.

—¡Vaya! —exclama el condenado—, buen principio de semana...

En el comedor de un lujoso trasatlántico, el mozo pregunta ceremoniosamente a un caníbal que viaja en primera clase:

—¿Le traigo la lista del almuerzo, señor?

A lo que el caníbal responde con gran naturalidad:

—Tráigame la lista de pasajeros.

Si estos ejemplos no son dramáticos, habría que reforzarlos con los siguientes: A un condenado a la silla eléctrica se le concede la última gracia, momentos antes de su ejecución. El infeliz desea beber y pide que le traigan un buen vaso de cerveza. Antes de tomarla, sopla la espuma y dirigiéndose a uno de los funcionarios encargados de la trágica ceremonia, le dice: "Nunca he podido ingerir la espuma, porque me daña el hígado".

Mark Twain, maestro del humorismo, cuenta que el capataz de una gran empresa de construcción de carreteras fue lanzado por el aire debido a la explosión de un barreno, yendo a caer a considerable distancia del puesto que tenía señalado. Cuando las autoridades superiores de la fábrica se enteraron de esto, le aplicaron una fuerte multa, por alejarse de su puesto sin permiso.

Habría que preguntarse ahora si éste es o no arquetipo de chiste dramático y amargo, pero que hace reír de buena gana.

Examinemos otros paradigmas citados por Freud. "El cliente que ha solicitado una novia a la agencia matrimonial, luego que se le presenta a la candidata, dice en voz baja al encargado de la oficina: —¡Pero señor, usted me propone un mujer vieja, fea, bizca y casi calva..."

Y el agente matrimonial le interrumpe: "—Puede usted hablar más alto con toda confianza, porque también es sorda".

Un sordo consulta a un médico sobre su sordera. El facultativo le diagnostica que es debida al abuso que el paciente hace de las bebidas alcohólicas. Para su mejoría, le recomienda una completa abstinencia.

Algunos meses más tarde vuelven a encontrarse. Esta vez el médico le dirige la palabra en voz natural, pero el hombre no da señales de oírle. El médico alza entonces el tono de su voz y le dice:

—Me parece que usted ha vuelto a beber y por eso no me oye.

El hombre esta vez le comprende y replica:

—Puede que tenga usted razón; he vuelto a beber aguardiente. Mientras dejé de beber, oía bien, pero nada de lo que oía era tan bueno como el aguardiente.

Pregunta un sujeto a su amigo: “¿Cómo se las arregla Fulano para que no le alcance el Código Penal?”

—Pues, con el código *venal*, responde el otro socarronamente.

*
* *
*

El chiste no sólo exterioriza sus contornos dramáticos en el retruécano, en lo imprevisible o en el cinismo, sino también frente a la desgracia humana, irreparable o pasajera. Una persona que da con su humanidad por tierra al pisar en terreno resbaladizo o al tropezar con un bache es objeto de recreación para quienes contemplan el espectáculo. Un hombre o una mujer, cuyos rostros tienen rasgos de pez o de pájaro, vivirán bajo la mirada escrutadora de quienes transforman sus desgracias estéticas en pasatiempo y pretexto jocoso.

Afirma Kant “que lo cómico es una espera decepcionada”. Ejemplo típico: Regresa el cuidador de animales y su patrón le pregunta:

—¿Y el ganado?

—Perdido, responde el peón.

Pascal decía: “Dos caras, ninguna de las cuales hace reír por sí sola, juntas mueven a risa por su parecido”. Los gestos de un orador que de por sí no son ridículos inspiran risa por repetición. “Donde hay repetición vemos mecanismo”, afirma Bergson.

A esta altura especulativa nos asalta la lógica interrogación: ¿tiene el chiste un positivo grado de ocurrencia involuntaria o es objeto de una elaboración concienzuda? ¿Qué punto de contacto puede tener el chiste con el fenómeno onírico? ¿No será acaso el chiste un resto, un remanente que flota en la conciencia?

Según Bergson, la risa se desliza y escapa a la investigación filosófica o se yergue y la desafía altaneramente. “Nos reímos de un

sombrero, no porque el fieltro o la paja de que se compone motiven por sí mismos nuestra risa, sino por la forma que los hombres le dieron, por el capricho humano en que se moldeó”.

Se ha definido al hombre como un animal que ríe, pero a ello cabría agregar, que ríe de los demás. Fácil resulta comprobar tal realidad, pero, ¿no es ella dolorosa y poco humana? Si la naturaleza es una hábil caricatura, como lo afirma Bergson, ¿por qué motivos nos burlamos de ella?

Los postulados de la estética, como todo lo humano, son convencionales. El primero que describió la belleza como tal y la encerró de determinados cánones, nada sabía acerca de la estética. De igual modo aquel que hizo justicia por primera vez sobre la tierra, ignoraba los fundamentos del derecho.

Si, como se afirma, las actitudes el cuerpo humano, gestos y movimientos son risibles en la exacta medida que este cuerpo nos hace pensar en un mecanismo, el estímulo que mueve la risa habrá de buscarse en un fenómeno ajeno a la razón, ya que racionalmente el hombre debe amar a su prójimo y no burlarse de él.

La amargura del chiste en su forma, nos puede parecer lógica si pensamos que el fin perseguido justifica los medios de que se vale. Pero, en realidad, resulta ilógica, por cuanto la condición del hombre civilizado es más bien afectuosa y solidaria antes que hosca y beligerante.

La risa y el chiste que la provoca no discriminan entre lo ofensivo y lo grato. Cumplen una misión del espíritu y una función psíquica predeterminada. Según Kant, *la risa procede de algo que se espera y de pronto se resuelve en nada*.

Sin embargo, tales definiciones no van al fondo de la cuestión, a la causa anímica o racional, que no es otra que la impiedad del chiste, impiedad consciente o inconsciente.

Se podría argüir que el chiste persigue, acaso de un modo inconsciente, afincar en muchos casos particulares un fin útil de perfeccionamiento general. Los tipos del avaro, del ambicioso o del sujeto ridículamente celoso, que se emplean como símbolo de la exageración humana dan buena prueba de este aserto.

Sin embargo, cuesta concebir que se persiga tal finalidad de perfeccionamiento cuando se produce o se provoca por contraste entre la felicidad y la desgracia. Toda deformidad susceptible de imitación por parte de una persona bien conformada, puede llegar a ser cómica, afirma Henri Bergson. Hay caras que parecen ocupadas en llorar sin descanso, otras en reír o silbar; otras también en soplar eternamente una trompeta imaginaria. Pitigrilli, describiendo al personaje

de una de sus novelas, dice: "Llevaba en su rostro la eterna sonrisa del tocador de flauta".

La inquietud de los investigadores señala el contraste como causa eficiente de la risa. Un hombre pequeño que se encorva para pasar por una puerta demasiado grande; dos personas, la una muy alta, la otra muy pequeña, que caminan gravemente cogidas del brazo. Parecería que la más pequeña se esfuerza por levantarse a la altura de la otra "como aquella rana que quiso hacerse tan grande como un buey".

Una situación de contornos dramáticos y lamentables daría origen, entonces, a la explosión de la hilaridad. Se afirma con razón, en consecuencia, que para que una cosa sea cómica, es preciso que, entre el efecto y la causa, haya desarmonía.



Se han descrito como factores de la risa, la sorpresa y el contraste.

Cierta dama, invitada por el astrónomo Cassini a presenciar un eclipse de luna, habiendo llegado con retraso, le dijo: "Tendrá usted la amabilidad de volver a empezar para que yo lo vea".

Y he aquí otro ejemplo: Cierta personaje al llegar a una población y enterarse que en los alrededores hay un volcán extinguido, exclama: "¡Qué barbaridad! Tenían un volcán y lo han dejado apagarse..."

Los actos sociales se prestan admirablemente al humor cómico. Esto es algo que la realidad confirma. Volvamos a citar a Bergson cuando señala: "Es cómico todo incidente que atrae nuestra atención sobre la parte física de una persona, cuando nos ocupamos de su aspecto moral. ¿Por qué nos mueve a risa el hecho que un orador estornude en lo más patético de su discurso? El tímido —agrega el mismo filósofo— da la impresión de una persona a quien le estorba el cuerpo y busca a su alrededor un sitio donde depositarlo.

Nos preguntamos ahora si esto puede ser cómico. Y concluiremos por aceptar que es simplemente embarazoso y dramático.

Según Lestrage, "todos los más profundos filósofos han declarado que una definición del humor es cosa humanamente imposible". Richepin afirma que los ingleses saben permanecer muy serios mientras se están divirtiendo de veras, sin dar la sensación de que se divierten y en esto consiste precisamente el humor.

Jorge Bernard Shaw, el crítico y reformador irlandés, es un expo-

nente del humorismo cáustico, que hiere y da siempre en el blanco. Un día recibió la siguiente invitación, enviada por una distinguida golfista de la sociedad londinense: "Lady Herfort permanecerá en su casa el jueves 15, a las 18 horas". El escritor devolvió la invitación después de agregar en ella: 'Míster Bernard Shaw, también'.

En el chiste hay casi siempre un deseo de humillación que se oculta cobardemente en el ropaje del retruécano o la intención aviesa en una frase peyorativa, de apariencia inocente. Así como las masas escapan a la responsabilidad penal derivada de los movimientos revolucionarios, el chiste ponzoñoso evade la acción de los tribunales de justicia, oculto en la eutrapelia o en el disfraz de crítica constructiva. Y todo ello porque carece de autor; no existe el cuerpo del delito y, finalmente, no encierra otro propósito aparente que producir risa, *ánimus jocandi*, pese a su avilantez generalizada.

Todos sentimos afecto por don Quijote de la Mancha, por sus neurosis obsesiva de justicia, por su amor incondicional hacia los débiles, por su terca oposición hacia los deshumanizados poderosos, su irrestricta adhesión a los valores éticos y románticos y su actitud incorruptible frente al mal. Pero no podemos menos que soltar la carcajada cuando los sueños del caballero andante son interrumpidos por una ridícula paliza que lo inhabilita para descansar sobre sus posaderas o le priva de la masticación durante algunos días.

Junto a Schopenhauer, el filósofo pesimista, que mezcla su inconformismo a la sátira punzante y amarga, podríamos colocar como antípoda el optimismo de Leibniz. Sin embargo, en materia humorística los extremos se tocan. "Todo está perfectamente bien en el mejor de los mundos posibles", afirmaba Leibniz, mirando tal vez la vida al través de una buena digestión. Pero esta frase, que parece tan inocente, encierra, sin duda, un monumento de ironía, porque este mundo nada tiene de perfecto.

Para comprender la amarga magnitud del humorismo acaso sea necesario meditar en estas palabras de Ortega y Gasset: "Después de muchos siglos de huir de la muerte hace falta fomentar el arte de morir".

Junto a los innumerables hospitales, cajas de ahorros y sociedades de seguros, fuera espléndido multiplicar las sociedades de riesgos. Como en otros tantos órdenes, el deportismo ha iniciado espontáneamente esta labor de nuestra época, ocultándose de organizar el peligro.

Sócrates decía que uno mismo es el origen de la alegría y la tristeza. En los contrarios, una idea no se conoce sino por la opuesta.

A través de los siglos, como en un eterno retorno, esta ambivalencia alegría-dolor ha ido reflejándose en el chiste, como una dualidad de maldad y optimismo.

No podemos comprender hoy la intención y la hondura del chiste o del humorismo de hace veinte siglos. Responden muchos de ellos a un estadio de la humanidad. Pero en la genial sátira de Aristófanes va envuelto su dramatismo.

Aristipo de Cirene nos da una muestra de este humorismo cáustico, cuando nos dice: "Los filósofos van a visitar a los ricos y los ricos no visitan a los filósofos, porque éstos saben lo que les falta a aquéllos no lo saben".



Quedaría por formularse aún esta pregunta: ¿busca el chiste, por vía inconsciente o en forma racional y deliberada, el perfeccionamiento social, señalando los grandes defectos humanos? Si no lo busca, por lo menos en la práctica parece encaminarse a tal finalidad sin reparar mayormente en los términos que emplea.

Pirandello, en su estudio acerca del humorismo, nos dice: "Veo, por ejemplo, a una vieja señora con los cabellos teñidos y untados con desagradables cosméticos, ridículamente estucada y, además, luciendo ropas juveniles. Me echo a reír. Advierto que esa señora es lo contrario de lo que una anciana y respetable señora debiera ser. Puedo así, a primera vista y superficialmente, detenerme en esta impresión cómica. Pero si ahora actúa en mí la reflexión y me sugiere que esa vieja señora no experimenta acaso ningún placer en presentarse como un mamarracho, que hasta sufre quizás, pero que sólo lo hace porque se engaña piadosamente con la ilusión de que así entrazada, disimulando canas y arrugas podrá retener para sí el amor de su marido, mucho más joven que ella —he aquí que ya no podré reírme como antes, porque justamente la reflexión me habrá llevado más allá de aquel primer advertimiento, o por mejor decir, más hacia lo hondo".

¡Qué diáfanas y profundamente filosóficas resultan estas palabras!

Pero ahondemos el pensamiento de Pirandello frente a este problema. ¿Qué provoca el humorismo? ¿Qué elementos y factores intervienen en la producción de la risa? ¿Por qué razón este animal vertical llamado hombre ríe aún de aquello que sabe positivamente que representa la desgracia humana?

Nos dice Pirandello: "Levantamos una mano inconscientemente y el ademán se nos queda allí, como retenido. Nos parece extraño que sea ese nuestro ademán. Es que nos vemos vivir. Es el dualismo: vivir y verse vivir. El hombre no tiene de la vida una idea, una noción absoluta, sino un sentimiento mudable y vario, según las épocas, los casos, la fortuna. El árbol vive y no se siente vivir, esto es, el árbol no tiene circunstancia. Para el árbol ciertas cosas como la tierra, el sol, el aire, la luz, el viento, la lluvia, no son cosas que él no sea. Al hombre, en cambio, desde que nace le ha tocado la suerte, este triste privilegio de sentirse vivir con la hermosa ilusión que de ello deriva: la de considerar como una realidad fuera de sí mismo, éste su interno sentimiento de la vida, mudable y vario".

Por eso, añadiré Pirandello que ante los ojos del humorista, el mundo aparece, si no precisamente desnudo, por lo menos, en camisa; en camisa el gobernante que suele causarnos tan honda impresión cuando lo vemos majestuoso en la solemnidad de sus funciones.

El humorista no admite la existencia de héroes. Por su parte, sabe muy bien que es la leyenda y cómo se forma, qué la historia y cómo se forma a su vez. El humorista busca los contrastes y las contradicciones para fundamentar su obra en oposición a la coherencia que procuran alcanzar los demás escritores. De ahí que en la obra humorística se advierta cierto desorden, cierta falta de trabazón, cierto capricho y todo lo opuesto al lógico mecanismo ordenado.

Y es que, en realidad, el chiste altera el orden lógico como el milagro altera el orden natural de las cosas.

"El hombre es un animal vestido", afirma Carlyle, y la sociedad se basa en la vestimenta. La vestimenta compone y esconde, cosas éstas que el humorismo no puede aceptar ni soportar.

El chiste puede constituir también una válvula para una sociedad cuyas leyes son cada día más rígidas y en que la libertad de expresión se torna a cada instante más precaria. Sería, en resumen, un complot colectivo que cuenta con impunidad e irresponsabilidad para cumplir su amarga misión.

Sin embargo, no es posible desconocer que en la hora actual constituye el único medio adecuado para expresar la verdad con alegría.

"Hemos nacido el uno para el otro", dice el decrepito aludiendo a su joven y radiante esposa de la cual lo separan casi cuarenta años. Y un chusco le responde, como movido por un resorte: "Efectivamente. . . para el otro". El fondo no puede ser más real, pero, a la vez, su exteriorización resulta despiadada.

El chiste es intuitivo y tempestivo a la vez. Sus ingredientes, como

se ha dicho, son, la oportunidad, el propósito, la conveniencia del instante y la crueldad que dimana del choque de los contrarios.

He aquí una afirmación que puede ser verdadera, pero que tiene indudables contornos de dramatismo humano: "El primer matrimonio es el triunfo de la ilusión; el segundo, la derrota de la experiencia".

Se describe también la risa ante una ocurrencia ingeniosa "como la satisfacción de una tendencia que, a no mediar el chiste, habría quedado incumplida".

Comprobamos que el chiste no repara en que el hombre es respetable por ser portador de un espíritu. Y, precisamente, en nombre de ese espíritu, lo somete al más despiadado análisis. Afirma, por ejemplo, Schopenhauer: "La individualidad de la mayoría de los hombres es tan miserable y tan insignificante que nada pierde con la muerte".

"No sé lo que es la vida eterna, pero esta vida es una broma pesada", solía decir Voltaire.

En una reunión íntima alguien contaba que un bizarro y aguerrido Coronel, decepcionado porque le postergaban su ascenso, se retiró del ejército, se compró un cañón y empezó a trabajar por su cuenta.

Y se hablaba, asimismo, de otro famoso General, que ganó seis batallas, perdió ocho y empató tres.

Algunas sentencias de eminentes pensadores retratan la condición humana en forma tan real que su imagen llega a alcanzar ribetes humorístico-dramáticos. He aquí ésta, de Rousseau: "El hombre civilizado nace, vive y muere en estado de esclavitud. Al nacer lo cosen en pañales; al morir, lo clavan en el ataúd, y mientras conserva la forma humana está ahogado por diferentes instituciones".

En la forma o en el fondo del humorismo encontramos, por lo general, una amarga coincidencia con la verdad. Un humorista dirá con eutrapelia: "La justicia terrena está simbolizada por una mujer ligera de ropas, cuyos ojos aparecen cubiertos por una venda. Por eso se dice que es ciega. Y lo es, a no dudarlo. Entre dos litigantes, uno pobre de solemnidad y el otro poderoso, no cabe la menor duda que ganará este último, ya que cuenta con los medios para pagar los mejores abogados, comprar testigos y mantenerse atento a los plazos procesales. La justicia es onerosa y, al parecer, nadie desea arrancarle la venda de los ojos. La conciencia juega también un papel en este terreno, pero un papel de tercera o cuarta importancia.

El juez, por ecuánime, integérrimo y probo que sea, se verá impedido a rechazar un escrito que no cumpla con esenciales e imperativas formalidades legales, que involucran desembolsos pecuniarios. Y todo esto se encuentra al alcance del que posee medios económicos holga-

dos. Es decir, del litigante que lleva una apreciable ventaja sobre aquel que carece de tales recursos”.

*
* *
*

Se ha analizado también el chiste a través del tiempo. Lo que fue humorismo hace dos mil quinientos años, bien puede que ahora no tenga contenido ingenioso alguno. O lo tenga, si nos trasladamos a aquella época deteniéndonos a analizar sus circunstancias o la subjetivación de sus orígenes.

El humorismo de Aristófanes no llegaría a nosotros con la misma fuerza en esta era de maquinismo, de viajes espaciales y de desintegración atómica. Y a la inversa, el chiste siglo xx, tampoco podría ser comprendido por esas pasadas y señeras generaciones, si fuera posible apelar a la ucronía.

Detengámonos en este ingenioso paradigma: “Einstein, en pleno siglo xx, se niega a pagar un año de alquiler de su casa, alegando que el tiempo no es una cosa absoluta ni su curso es siempre el mismo”.

Vemos, por otra parte, que la propia escritura de algunas personas mueve a risa. Pedro Salinas nos dirá al respecto que hay personas condenadas a no hacerse entender nunca en letra escrita: “Se les desmandan las letras como tropilla de potros indómitos, que cocean y arrojan de las curvas de sus lomos las significaciones que les querían cargar encima. Los ojos de ciertas letras no se cierran nunca; los palos de las eles disparados hasta la mitad del renglón de arriba; los rasgos transversales de las tés, espadachines acuchillando furiosos los vocablos de la vecindad.

Y para qué hablar del tremendo sentido humorístico existencialista. Nos bastará citar, de paso, ciertos motivos de la temática de Franz Kafka: inseguridad e incertidumbre de toda existencia, fracaso de toda búsqueda, de toda verdad, por esforzada que sea.

Pero allí mismo, en esta amargura desesperanzada asoma el humorismo, cuando nos dice: “Me figuro como un puente rígido y frío, tendido sobre el precipicio. Un puente que no figura aún en los mapas”. Y este otro: “Estar muerto, es como la noche del sábado para el deshollinador. Se quita el hollín del cuerpo y queda aclarado si los contemporáneos le han hecho más daño a él, o él a ellos. En el último caso fue un gran hombre”.

Finalmente, repetiremos con Pirandello: “El artista común sólo presta atención al cuerpo; el humorista se preocupa, al mismo tiempo, del cuerpo y de la sombra; en ocasiones, más de la sombra que del cuerpo”.